

sencillez y la concisión de que va á juzgar el lector. «A las cuatro de la mañana se oyó un toque de generala por la parte del Norte, y á poco tiempo cargaron los indios en grandes masas sobre nuestra línea, llegando hasta á derribar las trincheras sobre la tropa que las defiende. En este golpe, en que los indios observaron la mayor rapidez, se sostuvieron con inaudito valor los números 1, 2 y 3; el 4 y el 5 cedieron; el 6 y los demás de la línea se sostuvieron también. En aquel momento marché con tres guerrillas á contener el avance de los indios, dándoles frente á una cuadra de la línea de que ya eran dueños por la parte interior, y se agolpaban en grandes masas, arrojándose sucesivamente sobre el 3 y el 6, para poseer mayor extensión de terreno. Aquel momento fué el de una batalla abierta y general, viéndose los hombres confundidos entre el fuego, el humo y las balas, hasta que fué preciso apelar al último recurso, al de atacar á la bayoneta, en cuyo trance marchó, á la cabeza de 25 hombres escogidos y apoyados en toda la línea de combate, el valiente capitán Samper, que se arrojó sobre las masas enemigas á fuego y bayoneta con tanta velocidad, que en cinco minutos se había ya recuperado toda la línea. El campo quedó lleno de cadáveres y anegado en sangre, pues la pérdida de los indios fué de mucha consideración, siendo la nuestra la de 11 muertos y 45 heridos, entre ellos el denodado mayor general D. Angel Rosado, por cinco balazos (5). El combate duró tres horas y media, en que se consumió una considerable cantidad de parque, así de infantería como de artillería. Después de esta acción, en que nuestras tropas alcanzaron el triunfo más completo y glorioso, haciendo correr á los indios más allá de su línea, no ocurrió otra novedad.»

Las pérdidas que los indios experimentaron en esta san-

---

(5) Este distinguido militar falleció algunos días después á consecuencia de sus heridas.

griente jornada, no bastaron para hacerles desistir de su proposito. Todavía se conservaron en sus posiciones y siguieron con calor sus hostilidades. Algunas veces aprovechaban las tinieblas de la noche para desaparecer; pero dos ó tres días después volvían á presentarse, armando un estruendo salvaje y acometiendo con su acostumbrada audacia á los sitiados. Durante estas desapariciones momentáneas, Cetina hacía explorar los alrededores, y sus fuerzas se encontraban siempre con emboscadas del enemigo que crudamente las hostilizaban.

La guarnición de la plaza comenzaba entretanto á luchar con otro género de dificultades. La insalubridad de aquella región pantanosa, aumentada con los calores del verano y las lluvias de la estación, se había cebado cruelmente en los expedicionarios. Más de doscientos enfermos yacían tendidos en el hospital, al cuidado de un solo médico, que también llegó á enfermarse, y privados de los elementos más necesarios para su curación. Si á éstos se añaden los no pocos que habían sucumbido en los combates con los indios y los que aun no sanaban de sus heridas, se comprenderá, sin duda, que el número de los hombres útiles para la guerra se había disminuído considerablemente. Esto hacía que los rudos trabajos de la campaña pesasen sin descanso sobre los sanos; porque, además de los puestos que había necesidad de cubrir en la línea y en la fortaleza, había una guarnición de cincuenta hombres en Chac, y otros cincuenta se hallaban generalmente navegando en la embarcación que surcaba los esteros, para impedir que fuesen obstruídos por los indios.

No era esto todo. Las provisiones de boca comenzaron á escasear al cabo de tres meses; porque no solamente vivieron de ellas los militares, sino también las familias que vinieron á la villa después de su recuperación. El coronel Cetina pidió víveres á Belice, y como no pudieron conseguirse tan pronto como se necesitaban, se vió en la nece-

sidad de sujetar por algún tiempo á un solo rancho á la tropa. Los pobres soldados saciaban algunas veces el hambre que les devoraba con cogollos de palma y con carnes de animales inmundos.

Tantas penalidades y miserias comenzaron á abatir los ánimos y á provocar deserciones. ¿Cómo podían verificarse estas últimas en una plaza incrustada en el campo de los sublevados, y rodeada de lagunas, pantanos y todo género de inconvenientes? Con muchos peligros, sin duda; pero los soldados—y especialmente los bacalareños que conocían el terreno—preferían arrostrarlos todos á luchar con el hambre, con la desnudez, con las enfermedades y con los indios. Cetina fusilaba sin misericordia al que era aprehendido en flagrante delito, y aun se le acusa de haber ocurrido á medios repugnantes para corregir la deserción por medio del terror. Cuéntase, en efecto, que un día, puestos los soldados en formación frente á la Comandancia, un oficial les dijo, por orden de aquel jefe, que el que quisiera retirarse de Bacalar, diera dos pasos al frente. Cinco ó seis desgraciados que cayeron en el lazo, saliendo de las filas, fueron fusilados en el acto (6).

Pero si la conducta del coronel Cetina merece ser reprobada por este acto de inhumanidad, es en cambio digna de elogio por la constancia, el valor y la energía que supo desplegar en aquella campaña memorable. No es menos recomendable, ciertamente, por las obras que emprendió para hacer de Bacalar una plaza inaccesible á los indios. Mandó levantar una sólida muralla, que ciñese á la villa por la parte de tierra, y la dotó de los baluartes necesarios para que pudiesen cruzarse los fuegos de artillería. Tenía en su división los albañiles, carpinteros y demás operarios que se necesitaban para llevar á cabo esta empresa, y tal fué la prisa que se dió, que á fines de octubre ó principios

(6) BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo II, capítulo IV.

de noviembre estaba ya terminada la obra. También mandó practicar un extenso desmonte alrededor de la villa; y para que todos estos trabajos pudieran ejecutarse sin grave riesgo de los operarios, los soldados que no se ocupaban en ellos salían á batir diariamente á los sitiadores en las primeras horas de la mañana, con el objeto de ahuyentarlos.

Entretanto, el principal objeto con que se había emprendido la campaña de Bacalar no se había logrado del todo.

Los habitantes de Belice seguían proporcionando pertrechos de guerra á los sublevados, en cambio de varios productos naturales de la tierra y de otros objetos que robaban en la campaña. Los últimos habían establecido en la bahía de la Ascensión un rancho de pesquería; y así á este establecimiento, como á otros puntos de la costa y á las orillas de Río Hondo, los ingleses acudían con frecuencia para seguir con los indios aquel tráfico ilegal que les proporcionaba fuertes ganancias (7). Cetina los perseguía hasta donde lo permitían sus recursos, y algunas veces con éxito. El 13 de septiembre fué aprehendido en Chac el pailebot inglés *Cuatro Hermanas*, que conducía varios pertrechos de guerra á los indios, bajo el cuidado de Faustino Ki, comisionado de Jacinto Pat. William Longsworth, dos marineros ingleses y el comisionado indio fueron conducidos á la plaza de Bacalar, donde se les siguió un juicio, que sirvió después para acreditar ante el gobierno británico el comercio de que venimos hablando.

Pero la vigilancia de Cetina no se limitaba solamente á los habitantes de Belice. Ejercíala también sobre cualesquiera otras personas que excitaban sus sospechas, y era inexorable para castigarlas cuando descubría que estaban en connivencia con los sublevados. Sirva de ejemplo el siguiente:

(7) *Boletín oficial*, segunda época, número 59.

El teniente coronel D. Vito Pacheco, de quien varias veces hemos hablado en el decurso de esta historia, se había retirado á la costa oriental del Estado, cuando D. Miguel Barbachano se hizo cargo del gobierno en marzo del año anterior, por el temor de ser perseguido como mendista. Allí le confiaron el mando de una fuerza los antiguos habitantes de Bacalar, que estaban empeñados en recobrar esta villa del poder de los indios. Pacheco batió con algún éxito á los sublevados, aunque dejó la reputación de haberles vendido en cierta ocasión varios pertrechos de guerra. Con estos antecedentes se presentó á Cetina á mediados de 1849; y aunque este jefe aceptó sus servicios y lo empleó en cosechar las sementeras que se hallaban á las inmediaciones de la población, le colocó un espía en la fuerza que le confió con este objeto. Pacheco salió á su expedición; pero pocos días después fué denunciado de traición, porque se aseguró que vendía á los indios los maíces que cosechaba. Cetina le mandó prender, y conducido de nuevo á Bacalar, fué fusilado en la fortaleza, después de un juicio sumárisimo que le siguió un Consejo de guerra.

Don Vito Pacheco había tenido siempre marcadas simpatías en favor de los indios. El fué uno de los que los acaudillaron en 1840 para derrocar el centralismo; en 1842 también los tuvo á sus órdenes para repeler la invasión mexicana, y, por último, él acompañó á Trujeque á Culumpich, cuando fueron á prender á Jacinto Pat de orden del gobierno; prisión que no se verificó por causas que realmente desconoce la Historia. Es verdad que, luego que estalló la insurrección indígena, batió ostensiblemente á los sublevados; pero nunca logró alejar de sí la sospecha de que favorecía cuanto le era posible á sus antiguos compañeros de armas.

¿Qué hay de verdad en esto? Carecemos de datos auténticos para averiguarlo. Se asegura, sin embargo, que Pacheco confesó en el patíbulo el crimen de que se le acusa-

ba, invocando por única disculpa la necesidad en que se había visto de proporcionar un pan á su familia. Se añade también que repitió esto mismo á sus dos hijos, á quienes mandó llamar cuando estaba en capilla, y á quienes exhortó á dedicarse al trabajo para no verse arrastrados algún día á seguir su ejemplo (8).

---

(8) BAQUEIRO, *ubi supra*.